



APUNTES

Trenes volvieron a la estación

Histriónico, sanguíneo, impulsivo. Gesticulante, como un actor italiano de comedia, a la manera de Alberto Sordi o Vittorio Gassman.

Descendiente de Salvador Allende y de quienes se identificaron con la ultrazquierda, no cabe en casillas políticas ni en previsiones.

Es León Pascal, periodista recién titulado en Uruguay, la Universidad de las Comunicaciones.

A media tarde, firma vigorosamente su libro "Delirium" en el stand de la editorial Lom.

Pone su escudo en primer plano:

Mi obra no es una apología del consumo de drogas. Refleja el dolor de recurrir a sustancias tóxicas. Aparecen almas errantes que transitan por lugares reconocibles, como Nuñorik, Hellabestia y el Lujuria.

Una mirada juvenil, sarcástica, atrevida.

Son 25 cuentos de humor negro. Un rescate de los sentimientos de personas que trabajan con esta enfermedad.

Se une a las toneladas de papel y tinta que se concentraron hasta ayer en la Feria del Libro, en la Estación Mapocho.

Allí Germán Espinoza, jubilado de Ferrocarriles, fue a su reencuentro con el pasado. Aprovechó la entrada libre para las personas de la tercera edad, eufemismo para denominar a quienes salen con una pensión esmirriada.

Trabajó en el cuarto piso, donde tragaba el humo de las tartamudeantes locomotoras que arribaban desde Valparaíso.

Mientras pide precios especiales a Enrique Lafourcade, recuerda.

-Recorri Chile de punta a cabo en los trenes: era inspector fiscalizador de finanzas. Fue una etapa maravillosa. Leía mucho y me gustaban los recitadores. Pero ahora no puedo comprar libros. No me alcanza el dinero.



Germán Espinoza.

Tal vez lo utrope "La noche de los poetas", radiografía lírica con los actores Mario Lorca y Humberto Devauchelle. Un bálamo para sus nostalgias quebrantadas.

Y en el andén de las añoranzas, un pasajero nortino, con su maleta de recuerdos e ilusiones: Hernán Rivera Letelier.

Reconstructor de historias del norte, de picardías y sufrimientos de la pampa. Al modo de Homero Bascuñán, que nació a comienzos de siglo en esa geografía áspera y retrató con energía y humildad el panorama vasto y doloroso.

Aunque Rivera no ha leído "De los días perdidos" ni la realidad de artículos del modesto escritor y periodista originario de Tamaya, su obra recoge inconscientemente

aguas de ese manantial.

Ambos son rousimicos, beavos, aldeanos.

Con su prosa sin academia, reviven capítulos empapados en su camiseta. Conocieron el hambre de las ollas, vocías, de sueños infrecuentes, de trabajos desvastadores.

Bascuñán conoció una variedad de oficios y la larga tribuna de un diario.

Rivera llegó en la hora del aplauso y del éxito editorial.

No renuncia a su ingenio popular, a su transparencia pueblerina, a su llaneza simple.

Con el respaldo de la editorial Planeta presenta "Los trenes se van al purgatorio". Novela fluida, melancólica, vital.

En sus 191 páginas repasa el viaje entre La Calera e Iquique, en cuatro días y cuatro noches.

Acodado en un minicriterio, mientras firma autógrafos, rearma su infancia.

Cuando niño viajé en ese tren, cuatro años antes de que desapareciera. Muchas veces llegué hasta aquí después de un transbordo. Es un homenaje al ferrocarril, en general. Era el progreso sobre ruedas.

Una voz lozana y refrescante, conocedora de la realidad turística europea, destaca la ironía de que allá los trenes convocaban la curiosidad internacional y unen los países con renovada tecnología.

Con cierto humor y un vestigio de arrogancia, Rivera me cuenta:

-Estuve en Temuco y les dije a los señores que cuidaran el tren. Les pedía a sus escritores que hicieran luego la novela del tren al sur. Es un desafío. Se quedaron trabajando...

Acaso reasomen las ventanillas húmedas, con la escenografía de volcanes rugientes, bosques de pías verdes, lagos plácidos. Musiquilla de madrugada sobre vías

semioxidadas. Mirada desde la estación, con el jefe de traje marango y víscera, con su pito estridente en la llegada y la partida.

En el libro de Hernán Rivera Letelier, los parajes pardos de la pampa, el abandono de viejas oficinas salitreras, del esplendor al ocaso.

Testimonios, escenas, recuerdos.

Rivera es intenso en sus confesiones:

-Mi padre murió de silicosis en las salitreras. En mis obras revivo todo lo que ocurría en el norte. Allí escribí "Los trenes se van al purgatorio". Demoré un año y medio en hacerlo. Reviso mucho. Más que escritor, soy corrector. El arte está en la forma. Corrijo y pulo la obra gruesa. Ven hasta 14 veces un capítulo.

Se detiene, como en una estación de antaño:

-Hay que saber hasta dónde pulir, para conseguir que el lector piense que fue escrito de un tirón. Se debe trabajar macho.

Pese a que nació en Talca, su vida errante en la pampa marca su conducta y su estilo. "La reina Isabel cantaba rancheras", "Donde mueren los valientes" y "Fatamorgana de amor con banda de música" se tradujeron en muchos idiomas.

En su nuevo libro, pitos de trenes, locomotoras trepidantes con su oscuro penacho de humo, campana de bronce que anunciaba su arribo, pañuelos de despedida. Y el triste epílogo con estaciones abandonadas, máquinas convertidas en chatarra, coches de tercera desarmados.

Es el adiós a los trenes en la prosa vigorosa y metafórica de Hernán Rivera. En la estación Mapocho, que cambió los viejos carros por nuevos libros.

ENRIQUE RAMÍREZ CAPELLO
Periodista.

Trenes volvieron a la estación [artículo] Enrique Ramírez Capello

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Trenes volvieron a la estación [artículo] Enrique Ramírez Capello. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile